

LA TAREA MISIONERA DE LA FAMILIA EN LA INICIACIÓN CRISTIANA INFANTIL. *UN MODELO*

Luciano Meddi

Roma –Pontificia universidad Urbaniana

luciano.meddi@gmail.com

1. Comprender la crisis de la IC infantil

También en Italia, como en los países de tradición cristiana y de «cultura occidental», los procesos iniciáticos y de socialización se han visto modificados por algunos fenómenos sociales¹. Ya no se desarrollan de modo intergeneracional, sino a nivel de grupo de iguales, por lo cual la transmisión de valores margina a la familia y, con frecuencia, no tiene lugar o tiene lugar con modalidades diferentes. La transmisión de los valores está marcada por la nueva condición antropológica de subjetividad, libertad y aprendizaje por experimentación. Modalidades que relativizan el modelo tradicional, centrado en la autoridad del que transmite y acentúa la selección y la adquisición horizontal de los mismos².

Todo esto desafía al modelo tradicional de socialización e iniciación religiosa que la Iglesia ha experimentado desde hace tiempo. Con todo, «desafiar» no significa necesariamente impedir o anular, sino, más bien, innovar en la continuidad. En este caso significa permanecer en el planteamiento iniciático que prolonga la oferta formativa reinterpretando los sacramentos en perspectiva misionera más que litúrgica. Por otra parte, Juan Pablo II nos ha enseñado a seguir el camino del hombre para llevar a cabo la misión propia de la Iglesia³.

2. Las perspectivas iniciáticas en Italia

Mi experiencia y reflexión⁴ se refieren obviamente a Italia. Hay que subrayar en seguida que la situación italiana es plural. En las Iglesias diocesanas del Norte de Italia prevalece una cierta disminución de la solicitud de sacramentos para los niños, mientras que en el Centro y Sur italianos la solicitud se mantiene todavía, apoyada por un consenso social, tanto para la IC como para otros sacramentos. Con frecuencia la

¹ M. DIANA, *Le nuove iniziazioni sociali*, en AA.VV., *Iniziazione cristiana per i nativi digitali. Orientamenti socio-pedagogici e catechistici*, Paoline, Milano 2012, 39-61. Cf. *Crisi delle strutture di iniziazione*, en «Concilium», 15 (1979) 2.

² L. MEDDI, *Apprendere nella Chiesa oggi: verso nuove scelte di qualità*, en ASSOCIAZIONE ITALIANA DEI CATECHETI (AICA) - P. ZUPPA (a cura di), *Apprendere nella comunità cristiana. Come dare "ecclesialità" alla catechesi oggi?*, Elledici, Torino 2012, 95-131.

³ *Redemptor Hominis*, 1979, 14; *Centesimus Annus*, 1991, cap. VI «L'Uomo è via della Chiesa».

⁴ *Generare credenti. La complessa realtà pastorale dell'iniziazione cristiana*, en «*Insieme Catechisti*», (1991) II-XIV; *Il rinnovamento dell'Iniziazione Cristiana dei ragazzi: i punti discussi*, in «*Orientamenti Pastoralis*», 53 (2005) 5-6, 92-123; *Il Catecumenato Crismale. Risorsa per la pastorale degli adolescenti*, Elledici, Torino 2014; *Il cammino di fede. Riorganizzare la catechesi parrocchiale*, Elledici, Torino 2016. En particular L. MEDDI-A. MARIA D'ANGELO, *I nostri ragazzi e la fede. L'iniziazione cristiana in prospettiva educativa*, Cittadella editrice, Assisi 2010

solicitud de la confirmación se establece en la edad juvenil con cifras ciertamente significativas, de modo que vienen a ser una clara exigencia pastoral. Por ello se confirma claramente la triple situación iniciática prevista en el RICA (1972).

En esta Iglesia, la renovación de la IC infantil (=ICI) ha estado limitada por algunos equívocos⁵. En primer lugar, por la confusión entre IC (tarea) y modelo catecumenal (método). La tarea de *iniciar*, en efecto, no se identifica con el modelo catecumenal. En segundo lugar, por la simplificación entre el catecumenado de los adultos y de los niños. En efecto, no se puede utilizar un modelo que presupone la libre decisión de un adulto con un modelo que tiene como meta precisamente *hacer nacer* la decisión respecto al Evangelio. En tercer lugar por la poca atención a los procesos culturales y espirituales de la persona, que sigue siendo pensada como destinatario y no como sujeto conducido por el Espíritu de Dios. Consiguientemente, en estos años se ha creado un cortocircuito entre deseo iniciático y modelos pastorales y pedagógicos⁶.

El límite de este proyecto ha sido confundir la organización externa del itinerario catecumenal (cf. RICA 1972; DGC 1997) con su naturaleza interior. En efecto, es muy importante repensar la ICI en perspectiva catecumenal. Pero su simplificación ha ensombrecido la cuestión educativa profunda y ha utilizado «al modo adulto» el modelo catecumenal, sin repensarlo en un contexto de edad pre-juvenil. Consiguientemente, el itinerario catequético se ha visto obligado a soslayar su reflexión pedagógica y sobre la subjetividad. En último análisis, hay una confusión entre finalidad iniciática y modelos pedagógicos, entre ellos el modelo catecumenal. Puede decirse que las propuestas actuales «mejoran» el modelo precedente, pero no logran entrar en interacción con la cultura de las nuevas generaciones.

3. Iniciación como proceso de inculturación

En particular, al repensar la ICI⁷ en nuestro contexto, deberían perseguirse tres objetivos. Ciertamente, el primero es asegurar la transmisión de la fe (mejor decir la *socialización cristiana*); pero este no es el único objetivo, ni siquiera el más urgente. Otro objetivo es reconstruir el tejido de la comunidad, favorecer la pertenencia al pueblo de Dios y a su misión, desarrollar la ministerialidad de los jóvenes y de los adultos.

Particularmente, mi propuesta nace del deseo de superar (tercer objetivo) la disociación fe y vida (EN 19-20) dentro de la cual permanece la mayoría de los bautizados; una

⁵ L. MEDDI, *Impoverimento della catechesi missionaria in Italia? Una interpretazione*, en C. CACCIATO (a cura)-ASSOCIAZIONE ITALIANA DEI CATECHETI, *Catechetica in ascolto*, Elledici, Torino 2016, 54-85.

⁶ En este equívoco, no deseado, ha caído también la *Seconda Nota*, dedicada a los niños y preadolescentes (CONSIGLIO EPISCOPALE PERMANENTE DELLA CEI, *L'iniziazione cristiana - 2. Orientamenti per l'iniziazione cristiana dei fanciulli e dei ragazzi dal 7 ai 14 anni*) y la posterior *Guida per l'itinerario catecumenale dei ragazzi* (SERVIZIO NAZIONALE PER IL CATECUMENATO, *Guida per l'itinerario catecumenale dei ragazzi*, Elledici, Torino 2001). Sobre la verificación de los itinerarios propuestos, ver: C. CACCIATO INSILLA, *L'iniziazione cristiana in Italia dal Concilio Vaticano II ad oggi.*, Las, Roma 2009; C. SCIUTO, *Il punto sul rinnovamento dell'iniziazione cristiana*, in *La Vita in Cristo e nella Chiesa*, 1 (2010)45-48.

⁷ Prefiero esta definición que permite indicar la continuidad aunque también la diferencias con el modelo catecumenal introducido por el RICA 1972 y hecho propio por el DGC 1997, núm. I,2 núm. 61-76.

situación causada por la tradicional propuesta infantil y por la opción de no favorecer una catequesis centrada en la libertad de decisión⁸.

Quizá sea útil volver a comprender el proceso iniciático con la perspectiva social y teológica de la *inculturación*⁹. Con el término «iniciación»¹⁰ se designa una actividad importante en la vida de la Iglesia, la de servir a la misión del Espíritu que hace *nacer y crecer a nuevos creyentes*. Este «acontecimiento» tiene una doble naturaleza. La *divina* (porque nadie puede desear renacer de lo alto *por sí solo*) y la humana (porque la vida nueva es fruto también de la *estructura decisional* de la persona). De ahí que la IC se lleve a cabo a través de *tres actividades concretas*.

La *primera* es el testimonio de la propuesta cristiana. La *segunda* es la ayuda a la respuesta de la fe y la formación de los nuevos creyentes. En efecto, ser cristianos implica una transformación del propio proyecto de vida, asumiendo el de Jesús y haciéndose discípulos suyos. La *tercera* es «asegurar» o mejor hacer presente e interiorizar el don del Espíritu a través de la mediación de los sacramentos de la IC¹¹.

La traducción de esta perspectiva teológico-pastoral lleva consigo la necesidad de repensar la ICI dentro del proceso formativo completo de las nuevas generaciones. La *iniciación* tiene lugar dentro de un proceso formativo, es decir, de transformación o crecimiento de la persona en la fe, constituido por cuatro *pasos*: socialización, evangelización, interiorización, integración¹².

Con la *socialización*, una generación transmite a la otra la riqueza de su experiencia, la cultura, los bienes necesarios para la vida. Pero la persona necesita también la *evangelización*, es decir, recibir la propuesta directa del Evangelio, con el cual releer la propia existencia y el proyecto de vida a la luz de la fe en Jesús. *Interiorización* significa pasar de un anuncio escuchado a un anuncio que se hace conciencia y dirección de la persona y, por ello, criterio de juicio y decisión. Fruto de la interiorización es la *conversión*. Finalmente, la *integración* pone en evidencia que la iniciación se completa cuando el mensaje recompone la unidad de la persona en cuanto discípulo.

En un rápido análisis, se puede constatar que a la comunidad cristiana no le falta la dimensión socializante. Pero, con demasiada frecuencia, los proyectos de ICI no se revisan dentro de los demás momentos de la inculturación de la fe. En efecto, la propuesta ofrecida por la Iglesia en Italia entre 1995 y 2014 prevé la reordenación de los sacramentos con el resultado de que la IC de los niños termina antes de que estos

⁸ L. MEDDI, *Il compito della catechesi nella nuova evangelizzazione. Superare la dissociazione fede e vita*, in «Catechesi», 82 (2012-2013) 2, 12-18.

⁹ La expresión resulta ya decididamente ambigua, porque viene a significar un modo de evangelizar y no la interacción profunda entre Iglesia y culturas en la perspectiva de un real intercambio salvífico; cf. L. MEDDI, *La inculturazione della fede nella nuova "catechesi missionaria". Le ambiguità del Direttorio Generale per la Catechesi (1997)*, en S. MAZZOLINI, *Vangeli e culture. Per nuovi incontri*, Urbaniana University Press, Città del Vaticano 2017, 147-167.

¹⁰ L. MEDDI, *Iniziazione cristiana*, en G. CALABRESE - PH. GOYRET - O.F. PIAZZA, *Dizionario di ecclesiologia*, Città Nuova, Roma 2010, pp. 740-747.

¹¹ En la perspectiva del catecumenado de los adultos, la tercera actividad pasa a ser la primera.

¹² L. MEDDI, *Proporre la fede: inculturare per socializzare e iniziare*, en L. MEDDI - A.M. D'ANGELO, *I nostri ragazzi e la fede. L'iniziazione cristiana in prospettiva educativa*, 111-130.

puedan decidir algo sobre su propia vida. En mi opinión, es la misma comunidad cristiana la que se excluye de la vida de los chicos¹³.

4. Una propuesta de itinerario en la línea de la *receptio*

Teniendo en cuenta los análisis y las reflexiones¹⁴ que se han hecho hasta ahora, es posible ofrecer una descripción sintética y una reformulación de un itinerario completo de IC con niños. En la base retomamos la opción de fondo ya expresada: repensar en perspectiva educativa las indicaciones del modelo catecumenal¹⁵.

Una propuesta de ICI en clave educativa y auténticamente *iniciática* puede desarrollarse en 4 pasos o etapas pastorales:

1. Primera etapa: re-evangelizar la familia: «De la propuesta y petición del bautismo a la organización de un catecumenado familiar, a la celebración del bautismo». En esta etapa familia, sociedad e Iglesia están comprometidas en llevar a cabo la «transmisión del alfabeto de la vida». Es una tarea que la pedagogía llama de «primera socialización» y que incluye también una primera socialización religiosa. En este contexto, la familia tiene una tarea prioritaria que puede llevarse a cabo a través de un Catecumenado familiar¹⁶.

2. Segunda etapa: socializar la vida de la comunidad: «De la celebración del bautismo a la introducción en la comunidad y primera celebración de la Eucaristía». El punto de partida para la comprensión de esta segunda etapa es la reafirmación de la importancia que ella tiene para todo el futuro de la vida cristiana. La propuesta formativa que es ofrecida debe hacer nacer el deseo de *mantenerse en la comunidad*. Precisamente la calidad de la inserción en la vida de la comunidad debe ser el *objetivo* que guíe toda la organización de los itinerarios. Esta es, en efecto, la edad de la (segunda) socialización y de la construcción de las primeras redes de relaciones eclesiales. Podemos hablar de *socialización cristiana* a través de un verdadero catecumenado parroquial (eclesial)¹⁷.

3. Tercera etapa: evangelizar la vida cristiana: «De la inserción en la vida de la comunidad al conocimiento del proyecto de Dios». Esta tercera etapa aborda a los chicos en la edad del paso de la pre-adolescencia (11-14 años) y prepara al verdadero y auténtico *catecumenado pre-confirmatorio*, presentado aquí en la cuarta etapa. El objetivo de este momento es llevar a cabo el *primer y verdadero momento de evangelización* entendido como «comprensión de la situación vital en perspectiva evangélica». Es un anuncio propuesto por medio de la categoría teológica *proyecto de*

¹³ Por esto se debería optar por una metodología de inculturación que, utilizando muchas prácticas misioneras y formativas conocidas, organiza la comunicación y la experiencia de la fe, que podría llamarse «metodología hermenéutica». Esta se lleva a cabo en cuatro pasos: narrarse la vida, comprenderse a sí mismos, confrontarse con la narración evangélica, convertir, curar, re-proyectar e integrar la experiencia personal. Utilizando el lenguaje de la tradición eclesial, se trata de organizar el catecumenado infantil como pedagogía de la «receptio». Cf. T.H. GROOME, *Christian religious education. Sharing our story and vision*, HarperCollins Publishers Ltd., New York 1980..

¹⁴ Reflexiones resumidas en L. MEDDI, *Educare la risposta della fede. La receptio fidei compito della catechesi di "Nuova Evangelizzazione"*, in «Urbaniana University Journal», 56 (2013), 3, 117-161.

¹⁵ Estas reflexiones y propuestas se inspiran inevitablemente en mi *Contributo per il futuro itinerario* in L. MEDDI - A.M. D'ANGELO, *I nostri ragazzi e la fede. L'iniziazione cristiana in prospettiva educativa*, 131-156. Vedi nota n. 5.

¹⁶ L. MEDDI, *Il cammino di fede. Riorganizzare la catechesi parrocchiale*, 61-73.

¹⁷ L. MEDDI, *Il cammino di fede. Riorganizzare la catechesi parrocchiale*, 74-90.

Dios. Se trata de una opción motivada precisamente a partir de la tarea vital de esta edad: pasar de la niñez a la juventud y a la edad adulta¹⁸.

4. Cuarta etapa: iniciar a la vida cristiana: «De la pertenencia a la comunidad, a la interiorización y decisión por el Evangelio». Este es el tiempo que consideramos propiamente *iniciático* en cuanto que los chicos han sido conducidos a tomar conciencia de las diversas posibilidades de vida y pueden *decidir* seguir la propuesta evangélica. Ya que continuamos considerando todavía muy útil vincular a este momento la celebración del sacramento de la Confirmación, todo este momento formativo podrá asumir el carácter de verdadero y propio catecumenado confirmatorio, a partir y con vistas a la celebración de la *confirmación*¹⁹. Sin un auténtico catecumenado confirmatorio será difícil desarrollar una pastoral vocacional entendida en todos sus significados: la vocación al ministerio ordenado, a la vida religiosa, pero también o sobre todo a las ministerialidades pastorales.

En nuestra situación pastoral, el tiempo de la adolescencia parece ser el verdadero momento iniciático y vocacional²⁰. Tiempo en que los chicos que han sido conducidos a tomar conciencia de las diversas posibilidades de vida (cf. *Evangelizzare. Proporre il Vangelo ai ragazzi*), pueden *decidir seguir la propuesta evangélica, estructurar la personalidad cristiana capaz de vivir la misión eclesial, de interiorizar e integrar en la personalidad la experiencia cristiana experimentada ya precedentemente*.

5. La tarea y la competencia de la familia

La mayor parte de las instituciones y agencias de la comunidad cristiana se derivan de la llamada ‘cristiandad’, en la cual la evangelización parece no tener necesidad de estar presente; por lo demás, *no se ponen de acuerdo entre ellas*. En nuestro contexto post-cristiano se advierte una necesaria redistribución de las tareas misioneras. A la escuela se le ha confiado la tarea de la socialización religiosa «social», que se lleva a cabo con un estilo de investigación cultural. A la comunidad, la tarea de la iniciación y formación mistagógica. A la familia, la de la socialización *religiosa* primaria. Esta se configura como adquisición de la lengua materna o de los instrumentos fundamentales para orientarse en la existencia. Esta lengua será la base de las futuras opciones en orden a hacer un proyecto de la vida y, por ende, de la fe.

¿De qué es sujeto misionero la familia?

Sin embargo, en el desarrollo de su tarea, la familia parece sufrir de al menos tres problemas: la afasia espiritual, la incompetencia, fruto de la formación recibida, la falta de un papel eclesial definido. De modo particular, la tarea o la responsabilidad de la vocación ministerial de la familia parece sufrir de una incertidumbre teológico-pastoral permanente, que se expresa con la pregunta: ¿De qué es sujeto pastoral la familia?²¹.

¹⁸ L. MEDDI, *Il cammino di fede. Riorganizzare la catechesi parrocchiale*, 91-103.

¹⁹ L. MEDDI, *Il cammino di fede. Riorganizzare la catechesi parrocchiale*, 104-119.

²⁰ Será útil tener presentes los objetivos expresados en la Constitución Apostólica sobre el sacramento de la Confirmación de Pablo VI (1971). Cf. también L. MEDDI, *Il Catecumenato Crismale. Risorsa per la pastorale degli adolescenti*, Elledici, Torino 2014; cf. también A. CENCINI, *Confermati o congedati? La cresima come sacramento vocazionale*, Paoline, Milano 2014.

²¹ Con referencia a Italia, hay que señalar que el episcopado siempre se ha mostrado muy atento a no dar a la familia un papel que vaya más allá del simple testimonio y de la formación moral.

En realidad, su tarea tiene que ver con la dimensión religiosa de la persona y de los grupos sociales. No parece que sea tarea suya la dimensión iniciática en el sentido profundo del término y ni siquiera –por cuanto se ha dicho– la dimensión evangelizadora. La dimensión religiosa es la tarea que todas las religiones confían a la familia: la tarea de socialización cultural²². También en este sentido es muy equivoco continuar limitando la iniciación cristiana de los niños sólo a la edad de la infancia (0-11 años).

En esta perspectiva, me parece que se puede delinear mejor la tarea y la contribución de la familia en referencia a la misión eclesial. La base de su servicio es el papel educativo de los padres y no la teología del matrimonio cristiano²³. Lo quieran o no los padres, este papel comporta e implica siempre la dimensión religiosa, también en el caso de que no se dé una pertenencia plena a la vida eclesial²⁴. La calidad de las imágenes de Dios y de la vida introyectadas e interiorizadas en los primeros años de vida no es indiferente para el desarrollo de la persona humana. La pastoral eclesial no debe tanto invitar a los padres (en cuanto padres) a asumir un papel de evangelizadores que, de hecho, ellos no han elegido, cuanto concientizarlos y habilitarlos en su inevitable función de simbolización religiosa.

El objetivo de la actual re-consideración del papel de la familia no puede ser desplazar sobre ellos la incapacidad de las comunidades parroquiales y diocesanas, sino el de colaborar a la superación del mundo mágico sacral típico de la religiosidad infantil.

La tarea: la dimensión religiosa y la lectura cristiana de la vida

Para la comprensión de esta tarea, me refiero principalmente a las propuestas de A. Godin y J. Fowler²⁵. Estas se apoyan, entre otras cosas, en la evolución de la tarea de la religión en el desarrollo de la persona, tal como ha sido elaborada por muchos autores post-freudianos²⁶. Estos autores coinciden al menos en tres dimensiones que considero importantes.

En primer lugar, que la tarea de la familia es favorecer el despertar religioso de modo que no se quede en las características del animismo, magia e interiorización de las figuras paternas; causa principal del infantilismo religioso. En segundo lugar, que el servicio a la formación de un juicio religioso correcto se diseña como un itinerario individual pero también social que tiene sus etapas. En modo particular, las etapas de la adquisición del lenguaje religioso formal, de la crisis del mismo lenguaje, de su reelaboración cultural. La verdadera formación religiosa se configura como purificación

²² L. MEDDI, *Religioni e pratiche formative. Analisi e prospettive*, in «RedemptorisMissio» 20 (2004) 2, 3-28.

²³ Cf. *Gravissimum educationis* n- 3: *los padres, primeros educadores*.

²⁴ Tengo presentes en esta perspectiva las reflexiones de M. Montessori, S. Cavalletti, A. Godin y también el trabajo de M. Fargues y del mismo *Lasciate che i bambini vengano a me*. Catecismo para los niños de la Conferencia episcopal Italiana (Roma 1973 y 1992).

²⁵ A. GODIN, *Le mete della catechesi nelle varie tappe dello sviluppo*, in *Le mete della catechesi. Atti del 2° convegno "Amici di catechesi"*. Elledici, Torino 1961, 105-134; J. FOWLER., *Stages of Faith. The Psychology of Human Development and the Quest for Meaning*, Herper Collins, New York 1981.

²⁶ G. Jung, A. Vergote, A.H. Maslow, G.W. Allport, E. Fromm, R. Assagioli, E.H. Erikson, J. Piaget, cf. E. FIZZOTTI-M. SALUSTRI, *Psicologia della religione con antologia dei testi fondamentali*, Città Nuova, Roma 2001.

del lenguaje y no como socialización de la cultura religiosa de la generación precedente. Obviamente, esto plantea cuestiones teológicas acerca de la Tradición-tradiciones. En fin, se encuentran de acuerdo al afirmar que el aprendizaje del lenguaje religioso está vinculado con su significatividad, es decir, con la capacidad que la religión tiene de dialogar con las tareas evolutivas de la persona en una cultura concreta.

En último término: llevar a la práctica la tarea de la educación religiosa no puede limitarse solo a la transmisión de una tradición religiosa, porque la socialización religiosa es parte del problema y no de la solución de la crisis del papel de lo religioso en el tiempo contemporáneo. Esta tarea de los padres debe incluir también la cuestión hermenéutica del lenguaje religioso, como superación desde la perspectiva mítica hasta la perspectiva personal y proyectiva.

Las competencias

La tarea que hay que confiar a la familia comporta, por parte de la comunidad cristiana, una responsabilidad formativa. Los adultos-padres se encuentran con frecuencia en la dificultad de vivir ellos mismos formas de vida religiosa y cristiana auténticas. También por esta razón la figura misionera que la Iglesia puede confiarles no puede ser el simple testimonio, sino que debe configurarse como tarea educativa *a través de* una capacitación para comprender ante todo el sentido de la dimensión religiosa presente en la propia existencia.

Es, por tanto, correcto proponer a los adultos-padres itinerarios de re-evangelización, pero teniendo bien claro que no se trata de hacerles recordar las emociones de la infancia o de proponer nuevas formas de pertenencia eclesial, sino de un verdadero itinerario de re-pensamiento del lenguaje religioso. ¿Desean esto las Iglesias?

En la perspectiva que se ha dicho, la tarea misionera de los adultos-padres requiere una capacitación:

- globalmente, se trata de ayudar al adulto a releer la propia existencia religiosa en la figura de una verdadera desmitificación del lenguaje aprendido, de toma de conciencia de la presencia de Dios en la vida, de verdadero despertar religioso y de adhesión al Evangelio de Jesús.
- de cara a las nuevas generaciones, se trata de capacitarlas para la alfabetización religiosa *bíblica y cristiana*. En el centro de esta tarea está la introducción a *la primera narración* de la experiencia religiosa y, de forma particular, a la experiencia de Jesús y no a la doctrina, por tanto, no la cuestión de la verdad sino la cuestión de los significados y de las orientaciones vitales.
- La narración se refiere sobre todo a los lenguajes simbólicos de la fe: la Escritura y la liturgia. Estos son simbólicos porque transmiten (*tradere*) significados, pero requieren también nuevas interpretaciones (*reddere*), es decir, nuevos relatos y símbolos. Son realidades *creativas*. Por esto, la narración conlleva, por parte del adulto, la competencia interpretativa y existencial de modo que la narración se vuelva relato personal y familiar.

Finalmente

Como se puede ver, mi propuesta (y reflexión) reconoce la validez de los proyectos y documentos catequéticos que reclaman con insistencia la tarea misionera que precedentemente ha sido contestada y negada. Pero no se limita a indicar la tarea en la perspectiva de socialización, casi solo como soporte del trabajo que hará posteriormente la catequesis oficial de la parroquia. Sería una nueva etapa de formalismo religioso. Mi propuesta persigue el objetivo de hacer que los adultos se hagan competentes en la responsabilidad de la transmisión de la fe en un contexto de expresión de libertad de la religión-fe.